



Guía de lectura

LARA MORENO

La ciudad



Lumen

Penguin **Club de lectura**

SINOPSIS

En un edificio del barrio de La Latina, en el centro de Madrid, confluyen las vidas de tres mujeres. El pequeño piso interior de la cuarta planta es la casa de Oliva. Está atrapada en una peligrosa relación que ha transformado la pasión del inicio en una jaula. En el tercer piso, luminoso y exterior, pasa Damaris los días cuidando a los hijos de sus patrones. Cada noche regresa a su casa cruzando el río que divide social y económicamente la ciudad. Vino a España buscando un futuro mejor cuando un terremoto en Colombia trun-

có su vida. El mismo futuro que buscaba Horía, la mujer marroquí que llegó a Huelva para trabajar como temporera en los campos de fresas y ahora vive en la minúscula casa de la portería y limpia, en la sombra, las escaleras y el patio.

Esta novela cuenta la vida de las tres mujeres, su pasado y el cerco de su presente. Con una voz hermosa y afilada, solo la prosa de Lara Moreno podía cartografiar así un territorio y a quienes lo habitan, componiendo un retrato invisible, herido y valiente de la ciudad.

LAS CLAVES DE LA NOVELA

Lara Moreno nos ofrece en *La ciudad* la historia de tres mujeres muy distintas entre sí que viven cada día de sus vidas luchando con su propio cuerpo por la supervivencia. La ciudad es el escenario de este relato y en ella se dan todo tipo de violencias. Con una prosa descarnada y lírica, llena de imágenes, cargada de significado y visceralidad, Lara Moreno entrega a los lectores su mejor novela hasta el momento. Esto no es solo un libro más, es un pequeño espejo rectangular capaz de brindar el reflejo de la propia vida.

En una ciudad árida y hostil, un Madrid prepandémico, tres mujeres intentan salir de las jaulas en las que las han encerrado. Oliva, de treinta y tantos años, está separada, tiene una hija pequeña, Irena, un trabajo como maquetadora y una pareja, Max, que más que un compañero es un captor que la mantiene en cautiverio en su propia casa. Damaris llegó desde Colombia hace diez años para ganarse la vida y poder enviar dinero a sus hijos, a su familia. Un violento y catastrófico terremoto la hizo perderlo casi todo: marido, trabajo y techo. Empujada por la precariedad, cruza un océano para cuidar a los hijos

de otra familia. Horía es una mujer joven, también es madre, y llega a los invernaderos de un pueblo de Huelva para trabajar en la campaña de la fresa dejando a su hijo adolescente en Marruecos con su madre.

Violencia, precariedad laboral, ansiedad, miedo, soledad. A partir de las premisas de estas tres vidas, sus historias avanzan en paralelo y se entrecruzan por momentos hasta que las tres acaban habitando el mismo edificio, un bloque de pisos en el barrio de La Latina. Oliva vive en un piso interior de la cuarta planta con vistas a una pared de ladrillos. Damaris vive lejos, muy lejos de allí, al otro lado de la autovía de Santa María de la Cabeza, pero pasa la mayor parte del tiempo en un piso de la quinta planta cuidando a dos gemelos como si fueran sus propios hijos. Horía, después de un terrible periplo desde Marruecos, acaba viviendo en la portería, en los bajos del edificio, en un apartamento sin luz y con pocas comodidades, escondida como una pequeña polilla en la oscuridad.

Tres mujeres, tres vidas y un único hilo que las mantiene unidas: ser mujeres en un mundo capaz de golpearlas hasta el más oscuro rincón de sus existencias.

TRES MUJERES, TRES VIDAS OVILLADAS: OLIVA, DAMARIS Y HORÍA

OLIVA

Oliva no sabe todavía el infierno que habita, al menos no a nivel consciente. Cree que las cosas pueden cambiar, que Max puede cambiar. Una conversación más, un perdón más, un polvo más. Pero su cuerpo sí lo sabe. Oliva intuye en el pecho, en los muslos cuando se sienta tensa en el sofá mientras discuten, en la cama cuando es como una presa que se hace la dormida porque quizá esta noche la bestia no se desate. Lo siente en sus entrañas, sabe que algo no está bien. Pero ¿cómo nombrarlo? ¿Cómo nombrarse víctima a sí misma? ¿Cómo hacer suyo el relato de violencia? Y mientras el pozo que va cavando Max se hace más y más profundo, ella vive, o más bien, sobrevive. Se levanta temprano, cuida a Irena, la lleva al cole, hace la compra en el mercado, vuelve a casa, maqueta un libro o un catálogo, recoge a Irena, y Max, impasible, la acecha desde la cama o el despacho con un cigarrillo entre los dedos, con esa calma extraña que precede a la mayor de todas las violencias.

«Oliva está en la cocina, tiene en la mano un cuchillo viejo y afilado que serviría para rebanarle el cuello a un bisonte. Su técnica de cortar cebolla no es muy avanzada, acaba partiéndola en trozos demasiado grandes, a pesar de que la hoja, con un buen baile de muñeca, podría destrozar el bulbo en finas láminas de papel. Hunde el cuchillo en la misma dirección varias veces, intentando no inhalar los vapores, y luego en la contraria, y ya, echa los pedazos a la olla que ha puesto al fuego. Ahora le toca al calabacín. Cuando ya lo ha enjuagado debajo del grifo y se dispone a cortarlo, Max aparece en la cocina. Ha entrado en la casa sin decir hola, aunque siempre suele decir hola desde la puerta, un hola interrogante, con su vozarrón. Oliva tiene la música puesta en la cocina y no lo ha oído llegar. Pero es imposible que su sombra no lo ocupe todo cuando se acerca.»

DAMARIS

Damaris está agotada, agotada de cuidar de la mañana a la noche a dos niños hermosos que no son suyos. Los quiere, claro, cómo no va a quererlos después de tantos años cuidando de ellos como si fuera su madre. Los alimenta, los baña, los abraza, los consuela, los entiende, los conoce de verdad. Durante todo el día se ocupa de una casa y de una familia que no es la suya, y por la noche emprende su largo caminar de regreso hasta su piso compartido, porque así puede ahorrar el dinero del autobús o del taxi que le pagan los patronos si es muy tarde, y porque el camino la hace despejarse después del duro día de trabajo. Las aceras de Madrid no son lo suficientemente largas como para que consiga desembarazarse del todo de esa vida ficticia, agotadora que lleva en España. Y apenas sin dinero. Uno de esos días, en medio de la lucha cotidiana, empieza a encontrarse mal y los barrotes de la jaula parecen hacerse más firmes. Al fin y al cabo, su cuerpo es lo poco que le pertenece en este mundo, en el que todo lo que quiere está tan lejos de ella, al otro lado del Atlántico.

«Se llama Damaris y es de un pueblo cercano a Armenia, en el eje cafetero de Colombia. Lleva en España diez años y tiene cincuenta. Los gemelos la llaman ama, y a veces, por descuido o por vileza, la llaman mamá. Ella solo los corrige si está delante la verdadera madre, aunque no puede evitar sentir un regusto de placer. Mira por el rabillo del ojo si la señora se ha dado cuenta, y ve que la mujer también mira por el rabillo del ojo y encoge el gesto, posiblemente herida, pero no hay nada que hacer. Es entonces cuando ella les dice: Dama, Dama, me llamo Damaris. En cambio, si está sola con ellos y le dicen mamá, contesta. Los mira, los acaricia, acude al reclamo, pero siente una nostalgia que se le pega al pecho durante todo el día. Es una nostalgia vieja que nunca se acaba, por la que ya no hace falta llorar.»

HORÍA

Horía se casó joven, muy joven, tuvo un hijo y su marido la abandonó. Eso hizo que se viera obligada a volver a casa de sus padres, a depender de ellos otra vez, a ser de nuevo una niña. Está cansada de que la vida no le ofrezca más que migajas. Quiere que su hijo estudie, quiere montar un taller de costura, quiere darle a su madre una buena vejez. Por eso decide apuntarse para cubrir las necesidades de mano de obra temporera para la recogida de la fresa en Huelva. Nada puede salir mal, todo está organizado, todo es oficial. Por eso cruza el Estrecho, porque al otro lado sí hay un futuro posible. Eso cree Horía, eso creen

todos los que la acompañan. No sabe nada de frutos rojos, no conoce el idioma, pero todo irá bien: va con su amiga Kenza con la promesa de volver juntas y acompañarse en el viaje. Pero, al llegar al otro lado, al de las esperanzas posibles, separan a las dos amigas. Horía acaba viviendo en unos barracones precarios, un pequeño infierno sin agua, sin baño, como un animal. Un día consigue hablar con su madre y esta le confiesa que su hijo se ha escapado, que quiere cruzar la frontera, que se encontrarán de nuevo en España. Su niño, Aziz, solo. Esto llevará a Horía a tomar una decisión que le cambiará la vida. Y allí, en La Latina, en las callejuelas sombrías, vivirá sin vivir.

«Horía no entendía cómo alguna mujer podría querer quedarse en aquel lugar, en aquel país. Desconfiaba de las historias que le contaban y por supuesto de las mujeres que hacían alusiones a romper las reglas; igual no vuelven a llamarnos, estamos ganando nuestro propio sueldo, esta vida es asquerosa pero vamos a volver a casa con dinero. Pensaba en su madre entonces, quemando fajas en el patio, para alejar las malas energías, y la entendía, comprendía su temor y su horror. Cuando pudo por fin contactar con ella solo lloró al escucharle la delgada voz y echarla de menos, y qué iba a contarle.»

TEMAS

LA CIUDAD

OLIVA

«Es una de las plazas más bonitas de Madrid. Una plaza en cuesta recogida tras el muro de piedra gris de una iglesia, con tierra y árboles delgados y altos. Las terrazas están casi vacías y ella sube y sube y deja la plaza atrás y bordea la calle de la iglesia y se queda parada en una esquina, entre la piedra y los bares y las palomas. No sabe a quién llamar. No debe llamar a nadie. No puede explicar. Agarra el teléfono entre las manos como una soga que la mantiene atada a algún lugar. Hace calor, son las dos de la tarde, principios de julio. No hay bullicio, solo algunos guiris ocupando las sillas donde la sombra cae. Ya no puede llorar. Está en medio de la calle, en el centro de su ciudad, y no quiere moverse. Adónde podría ir. Su casa está ahí abajo y da unos pasos y se asoma. Los dos agentes, que ya han debido de hacer su trabajo, están enfrente de su portal, al otro lado, cerca de la puerta de los jardines.»

DAMARIS

«Dormitará cuando lleguen los señores. Sonrisas, todo bien, gracias, ya me voy, gracias, Damaris, el padre se irá directo al dormitorio a quitarse la ropa, la madre danzará aún un momento mientras Damaris recoge sus cosas, para comprobar si está todo en orden, y entrará en el dormitorio de los niños para verlos dormir, tocándolos con sus dedos finos y fríos, diciéndoles buenas noches con un aliento a vino fresco, a ternura arrepentida. Toma, Damaris, los diez euros para el taxi. Damaris los cogerá, arrugará el billete en la palma de la mano, y ya en el ascensor, nunca delante de su patrona, alisará el billete y lo meterá en la cartera, porque no va a usarlo, porque siempre se vuelve andando a casa, aunque sea la una de la mañana y esté lloviendo, o haga un frío de mil demonios o azote el viento de Madrid en invierno. Ahora es casi otoño y el camino se le hará grato, le servirá para estirar las piernas y la espalda. Ha aprendido a no tener miedo, porque solo se cruza con grupos de extranjeros borra-

chos, o con borrachos patrios, sin más, que no suelen prestarle atención. Bajaré por Redondilla hasta la calle Bailén, oscura y ancha, caminaré hasta la Puerta de Toledo, y de ahí seguirá bajando hasta cruzar el puente y su alameda, hasta cruzar el río que divide la ciudad, e ingresará en su barrio, tan distinto, rodeará la rotonda de Marqués de Vadillo, se adentrará en las calles.»

HORÍA

«A Horía se le va poniendo el corazón cada vez más pequeño conforme las escaleras mecánicas del metro de La Latina la llevan hasta el inframundo. La muchedumbre parece dócil ahí abajo, en ese viaje a los infiernos. La mayoría usa la máquina, todos en una fila a la derecha, sin moverse; quien quiere ir más rápido tiene el lado de la izquierda libre para adelantarse. Incluso los niños se comportan. En el centro de la gruta, hay unas escaleras normales que casi nadie usa, porque la profundidad es de abismo. Ella se mantiene en todo momento detrás de Yusuf. Debe de tener más o menos su edad, pero por su cara han pasado demasiados paisajes sucios. No le resulta agradable. Su barba rala amarillea alrededor de los labios. Es robusto y algo más alto que ella, y se mueve con destreza. Horía evita caminar a su lado. Mejor detrás. En su corazón empequeñecido, impacta la brusquedad del tren al pasar y al detenerse. La empujan al entrar, pero luego encuentra un lugar donde sentarse. Yusuf le indica, él se queda de pie, se agarra a un barrote y se pierde en su teléfono móvil. Hacen transbordo en Diego de León. Horía memoriza el nombre de

la estación, intenta también memorizar los recorridos, pero sabe que no lo está consiguiendo. No debe alejarse de la espalda del hombre, es lo más importante ahora.»

LAS VIOLENCIAS QUE SUFREN LAS MUJERES

OLIVA

«Cómo empezó. Era octubre y comenzaba el frío. Pero a lo mejor todavía era septiembre. Oliva intentaba construir su vida nueva como siempre había hecho. Lo invitó a una fiesta que un amigo suyo daba en la sierra, en su jardín. Un amigo que había sido su amante pero que ahora solo era su amigo, sin medias tintas. Iban todos, su gente de siempre. Querían conocerlo. Se encontró dando explicaciones y acunando una sombra cruda en medio de la cara de él. Lo intentó convencer, pero qué te ocurre, qué pasa. De pronto Max se levantó del sofá, con movimientos bruscos, con un gruñido. Tuvo que apartarla, ¿era eso un empujón?, para entrar en el dormitorio y meterse en la cama, como un niño enfadado, espantosamente dolido. Escondió la cabeza en la almohada, le negó su rostro. Oliva asistió a la escena con consternación. ¿Había sido eso un empujón? Aterrada por cómo se deshacía el suelo bajo sus pies, por si la realidad de los últimos meses se desvanecía, se metió en la cama con él. Siempre es ridícula la violencia un segundo antes de que empiece a ser insoportable. Días después, cuando esta escena fuera argumentada y ya permitiera dar rienda suelta a piedras despeñán-

dose desde lo alto, los motivos se grabaron a fuego en la estructura blanda. Él estaba celoso, por eso se comportaba así. Ella había provocado sus celos. Él no podía confiar en ella, de forma estructural, le dijo, porque te he visto mentir, porque has mentido siempre a lo largo de tu vida. Él no podía evitarlo. Ella usó frases inteligentes y honestas para intentar desmontar aquella cantinela de folletín. No se sintió culpable ni la primera vez ni la segunda. Pero había un elemento que de pronto oscurecía su paraíso. Un estorbo al que intentó no darle importancia.»

HORÍA

«No era la primera vez que estaba sola con el taxista pero sí era la primera vez que estaba completamente en sus manos. Había confiado en él sin más remedio. Una chabola en un asentamiento en Lepe. Trabajo seguro, mucha gente se queda a trabajar fuera de temporada. También mujeres como ella. Trabajo seguro, no fijo pero suficiente. Ciento cincuenta euros la chabola, más el viaje, más lo que él se llevaba. Claro que conocía a gente allí, era un sitio fiable. Yo te presento a un amigo, sí, te he dicho. El Mercedes avanzaba por carreteras secundarias, sin desviarse hacia la autopista. El pueblo siguiente a Cartaya, en dirección a Portugal, es Lepe. Llegamos pronto, no te asustes, mujer, hay confianza. El primer camino sin destino de su vida se le hizo a Horía lento y atornador. Por qué paras aquí, ¿es que ya hemos llegado? Aquí no hay nada. No, pero voy a fumar un cigarro tranquilamente, mucho trabajo hoy. Horía se endureció por dentro, apretó las manos

para lo que iba a llegar. Quería abrir la puerta y salir corriendo, pero no se movió. Me he portado bien contigo, eso no lo podrás negar. La barba del hombre olía a comida rancia y a tabaco. Doblada sobre él, con la garra del taxista forzándole la nuca, Horía estuvo a punto de vomitar. Treinta minutos más tarde, Horía entró en su chabola, soltó las cosas en el suelo de tierra y se derrumbó en el catre, saturada de asco y de vacío.»

LA PRECARIEDAD DE SER MUJER Y MIGRANTE

DAMARIS

«La casa es oscura, incluso con las luces prendidas, porque las bombillas son de poca intensidad. Hay que cambiarlas. Con la pintura ha mejorado algo, las paredes están limpias. La habitación de Damaris es más amplia que la que tenía en el otro piso, pero todo lo demás es muchísimo peor. En el cuarto lleno de cajas y maletas, la mujer se esmera haciendo la cama, remetiéndole las sábanas y las mantas con energía. Ahora dormirá en un colchón grande, de matrimonio, aunque vencido por el medio y con manchas de fluidos secos. Comprará una funda. Pondrá unas cortinas bonitas, alegres; es mejor tapar la ventana. Esa ventana es un pozo seco.»

HORÍA

«No había luz, ni agua, ni sanitarios. Había pagado ciento cincuenta euros por vivir en un estercolero, peor aún que los prefabricados de la finca. Aquel era uno de los asentamientos más grandes

de Lepe. Gente de Mali, de Ghana, de Senegal, de Rumanía, también de su país. Hombres, en su inmensa mayoría, pero también mujeres, al parecer cada vez más. Su casucha estaba fabricada con uralita, cartón y plásticos, los mismos que cubrían los invernaderos. Hay que tener cuidado con los incendios, le decían. Arden asentamientos enteros. Luego cuesta levantarlos otra vez. Iba a todas partes con lo suyo, con lo importante. Cargaba el móvil en un centro de día de una oenegé. Hablaba con su madre, con su hermano, y mentía. Hablaba con Kenza, que ya estaba en el pueblo, atemorizada por ella, enfadada a veces. Le decía la verdad. Seguía sin noticias de Aziz. Ya debía de estar en España, en algún lugar, pronto se pondría en contacto con ella. Driss, el hombre con quien la había dejado el taxista, no le daba miedo. Tenía los ojos parecidos a los de su hermano. Se sentaba junto a ella, en una silla de plástico, a la puerta de su casucha.»

LA MATERNIDAD

OLIVA

«Oliva sabe que cuando acabe de comprar irá demasiado cargada, no cogió el carrito, mal hecho, quizá pensó que él luego podría ayudarla, pero no, ha mirado el móvil varias veces y no hay señales, así que irá demasiado cargada y le dolerán las manos y los hombros, y todo será prisa por volver, pero le dice que sí, que claro, que ahora van, aunque cuando esté sosteniendo las bolsas con las berenjenas, y la media sandía y los melocotones, y las cebollas y las patatas

y los aguacates, cuando ya esté cargada de plátanos y manzanas y quizá una docena de huevos ecológicos y pan tostado del que vende el del puesto del aceite, empezará a ponerse nerviosa y a la vez muy triste, aunque luchará por combatir esta tristeza, porque qué de malo hay, es una mañana de finales de agosto y ella está yendo sola a comprar al mercado con su hija porque nadie más tiene que ir con ella, por algo está separada del padre de Irena, para hacer sola con su hija las cosas, e intenta apartar esta lástima de sí misma, pero no lo consigue del todo porque va muy cargada y porque ha sido generosa en las compras, ha intentado que después del esfuerzo el frigorífico de su casa esté repleto y sea alegría, provisiones para las mañanas, los mediodías y las madrugadas, y le duele la espalda y tendrá contracturas después si baja la cuesta cargada con tantas bolsas, parándose de a poco, así que en vez de alejar la tristeza la convierte en una inquina sin dirección.»

DAMARIS

«Son dos, dice siempre el padre, que se apañen entre ellos, tienen mil juguetes. Pero no es fácil, y antes era casi imposible. Podían pegarse, podían meterse algo indebido en la boca, si no era uno era el otro a quien había que cambiar los pañales y de todos modos siempre andaban alrededor de su falda, pidiendo cualquier cosa, Dama, Dama, mamá. Mientras los niños ven la tele ella ha recogido la cocina, ha metido en el lavavajillas los platos y los vasos y los cubiertos, ha fregado la sartén con la que hizo la tortilla de queso y ha tenido tiempo de sentarse en un taburete a morder un par de patatas co-

cidas y una manzana. Ya está caliente el agua de la bañera y pelea con ellos hasta que consigue meterlos. Le pincha el lumbago al inclinarse a lavar sus cabezas rubias, ellos juegan, salpican, ríen, uno acaba llorando. Le pincha el lumbago cuando consigue sacarlos de la bañera, el agua enfriada, vamos, Rodrigo, Nicolás, estense quietos. Nunca los llama por sus diminutivos como hacen sus padres. Para ellos los niños son Nico y Rodri, pero Damaris prefiere nombrarlos enteros, al fin y al cabo son reyecitos. Los envuelve a cada uno en su albornoz, les seca los orificios de la nariz, las pestañas empapadas, los círculos de las orejitas.»

HORÍA

«Aziz, hijo, escúchame bien, mírame a la cara. La abuela no puede estar sola y tú no puedes estar sin la abuela. Vete a casa de mis primos en Juribga si le pasa algo. Habla con el hermano de Kenza si le pasa algo. Llama al tío Mohamed si las cosas se ponen muy mal. Y, después de todo esto, me llamas a mí. Yo volveré a llamar a todo el mundo para comprobar que has hecho lo que te he dicho. Escucha bien, Aziz, que te está

hablando tu madre. No quiero que pases ni una sola noche fuera de esta casa. No quiero que vayas más lejos de Juribga en ningún momento. Eso es todo lo lejos que puedes ir. Vas a estudiar. Vas a estudiar, porque yo me voy precisamente para que estudies luego. Inshallah, traeré dinero para arreglar la casa, para comprarte una moto con la que puedas ir a estudiar y para pagarlo todo. Ya sé que te gustaría ser mecánico, pero puedes estudiar para después arreglar coches sin mancharte de grasa cada día. Ten cuidado con la bicicleta esa que te han dejado, es una porquería. Que nadie te atropelle, por el amor de Dios, Aziz, que soy tu madre y quiero seguir siendo tu madre. Solo tienes trece años, no vayas a creerte un hombre ahora que yo me voy. La abuela es quien manda, no tú, tú solo tienes que cuidarla. Si ayudando en el taller te sacas algo de dinero, quiero que se lo traigas a la abuela, porque ella es quien te va a dar de comer. Yo voy a volver pronto, Aziz, porque te echaré de menos. Y cuando vuelva estaremos contentos, hasta la abuela lo estará. Mírame a la cara, no cierres los ojos todavía.»

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. ¿Conocíais la obra de Lara Moreno? ¿Habéis leído alguna de sus anteriores novelas?
2. ¿Cuáles creéis que son los temas principales de *La ciudad*?
3. ¿Qué es lo que más os ha llamado la atención de la novela? ¿Habíais leído alguna vez algún libro de este estilo?
4. ¿Qué os ha parecido la estructura del libro?
5. Esta historia tiene tres protagonistas: Oliva, Damaris y Horía. ¿Qué creéis que tienen en común? ¿Qué es lo que las diferencia?
6. La historia de Oliva tiene algo más de peso en la novela que la de Damaris y Horía, ¿cómo es su relación con Max? ¿Os habéis sentido identificados con ella en algún momento?
7. ¿Creéis que es una novela feminista?
8. ¿Qué os ha parecido el ritmo y la narración?
9. ¿Por qué pensáis que no hay comunicación entre Oliva, Damaris y Horía? ¿Cuáles son los muros invisibles que tienen que salvar?
10. ¿Cómo es la relación de las tres protagonistas con sus hijos? ¿Y con su familia? Llama la atención que Oliva nunca habla de sus padres, de sus hermanos, ¿por qué creéis que ocurre esto?
11. ¿Qué papel juega Irena, la hija de Oliva, en la historia?
12. ¿Pensáis que la ciudad de Madrid es un personaje más de la novela?
13. ¿Creéis que hay algo de autobiográfico en la idea de cómo se construye la voz de Oliva?

14. A propósito de los padres de los gemelos que cuida Damaris, ¿por qué creéis que la trataban así?
15. ¿Cuántos tipos de violencia sufren las protagonistas de esta novela?
16. ¿Cómo es posible que pese a lo mal que trata Max a Oliva ella no pueda dejarlo?
17. ¿Qué importancia tiene la salud mental en la novela? ¿Y la precariedad?
18. ¿Qué impresión os provocó el más que probable atropello de Aziz al final de la novela?
19. ¿Qué papel ocupan los cuidados en la novela?
20. ¿Qué protagonismo tiene la ciudad, sus calles, su geografía, en la historia?
21. Si habéis leído alguna de las novelas anteriores de Lara Moreno, ¿creéis que hay puntos de conexión entre sus historias?
22. ¿A qué otros libros os recuerdan las voces de Oliva, Damaris y Horía?
23. ¿Qué os parece el final justo cuando comienza la pandemia de Covid-19? Puestos a imaginar, ¿cómo os gustaría que continuara la historia de estas tres mujeres?
24. ¿Creéis que esta novela puede ayudar a las mujeres a identificar el ciclo de la violencia de género?

LA AUTORA



© Jairo Vargas

LARA MORENO nació en Sevilla en 1978 y creció en Huelva. Vive en Madrid. Además de sus cuentos recogidos en numerosas antologías, ha publicado los libros de relatos *Casi todas las tijeras* (2004) y *Cuatro veces fuego* (2008), así como los poemarios *La herida costumbre* (2008), *Después de la apnea* (2013) y *Tuve una jaula* (2019), que, junto con sus poemas inéditos, conforman el volumen *Tempestad en víspera de viernes* (Lumen, 2020). En 2013 recibió el Premio Cosecha Eñe por su relato «Toda

una vida», y Lumen publicó su primera novela, *Por si se va la luz*, que obtuvo un importante reconocimiento por parte de la crítica y de los lectores. FNAC la incluyó entonces entre los autores revelación del año. Le siguió *Piel de lobo* (Lumen, 2016), una espléndida muestra de la madurez literaria con la que Lara Moreno dejó de ser una promesa para convertirse en una de las voces más destacadas de la presente narrativa en español. *La ciudad* (Lumen, 2022) es su última y esperada novela.

LA CRÍTICA HA DICHO

«Atraviesa con literatura y conciencia las violencias que nos arrastran. A Lara Moreno hay que leerla siempre, pero esta novela es extraordinaria».
Aroa Moreno Durán

«Lara Moreno, todo un hallazgo».
J. M. Pozuelo Yvancos, *ABC*

«Impresiona su capacidad de inquietar. Y no solo por la extrañeza de la realidad que se describe, sino por las elipsis, las lagunas y los agujeros que completan el discurso».
Sonia Hernández, *Culturals, La Vanguardia*

«Una voz propia, un estilo punzante que no concede espacio a sentimentalismos».
María Jesús Espinosa de los Monteros, *Mercurio*

«Lara Moreno va añadiendo capas según pasan los años. Es una escritora fascinante».
Guillermo Ortiz, *Jot Down*

«Buena novelista, buena poeta».
Benjamín Prado, *La Ventana* (Cadena SER)

«Lara Moreno escribe con austeridad de relojero».
Care Santos, *El Cultural*

«Una escritura compleja, vigorosa, rigurosa. [...] No hay nada gratuito. Un hallazgo».
José María Guelbenzu

«Una escritora digna de atención».
Alejandro Gándara, *El Escorpión*

